

sa. Me separé conmovido. ¡No creía que el corazón de este jóven, sobre ser tan bueno, fuese también tan delicado para honrar y festejar el nombre de mi madre en vez del mío!»

La respuesta de la madre es una verdadera bofetada al reglamento de disciplina. Si el ordenanza de Alberto hubiera sido ascendido de repente á general, no se le hubiera podido escribir de otra manera. Y parece que, además, el Sr. Remigio no fué mal recompensado por su delicadeza, por que un día se presentó al oficial con una carta de su casa en las manos, y con lágrimas en los ojos dió con trémula voz las gracias con largos circunloquios...

—Comprendo—dijo entre sí Alberto cuando hubo acabado aquél;— ¡las dos madres son amigas!

De Parma á Plasencia, de Plasencia á Pavía, de Pavía á Bérgamo, otros quince días de marcha, de los cuales la mitad con lluvia.

«Pienso en las llagas de tus pobres piés—dice una carta de la madre,— ¡y no puedo hacer otra cosa más que suspirar de dolor!»

«Envíame calcetines de hilo en vez de suspiros»— responde el hijo.

Bérgamo es la última estación, de la cual empieza de nuevo el relato de Alberto.

## REGRESO.

Eran los últimos días de Diciembre; yo seguía en Bérgamo con mi regimiento, recreándome con la libertad del servicio de guarnicion, que siempre, pero en especial despues de una guerra, es de una monotonía y de un enfado... ¡Silencio!

No pensaba en volver á casa, porque el período de las largas licencias todavía no se había abierto, y á menudo oía decir que el coronel no quería darlas porque la pedirían todos.

Mi madre continuaba escribiéndome que «absolutamente y á cualquier precio me quería ver, y que la cosa no podía durar así más tiempo.»

Y yo le respondía: «Ten paciencia; espera otro poco.»

Y ella replicaba: «Es imposible.»

Y yo otra vez la aquietaba; y en tanto pasaban los días y las semanas y los meses.

Una mañana oí llamar á la puerta de mi cuarto; abro. ¿Qué veo? ¡Mi coronel! (Era *el brusco benéfico.*)

Me saludó con mucha gravedad; no quiso sen-

tarse; me dijo que venía de Venecia, que se dirigía á Milan, que tenía buenas noticias de mi familia... En este punto me miró á la cara y dijo con cierto aire de piedad y de reproche:

—Yo ya comprendo que te ha cogido la manía de volver á casa.

—¡Psché!... Despues de una campaña...—respondí humildemente.

—¡Campaña! ¡campaña!—repitió en tono de desden.—No la llames así; han sido cuatro marchas mal hechas y cuatro tiros mal disparados.

Yo callé. Él continuó muy sério:

—Acostúmbrate á tener al regimiento por tu verdadera familia.

Yo continué callado. Y él:

—Tú, para endurecer un poco ese corazoncito de cera, para habituarte algo siquiera á la vida de soldado, que todavía ignoras qué cosa sea, déjate decir, tendrías necesidad de hacer una campaña en la India, por lo ménos, por lo ménos de cinco años.

Y yo callado. Y él todavía:

—Toda esta impaciencia, toda esta gran necesidad de coserse al delantal de la madre, es muy antimilitar.

Yo siempre mudo. Siguió una breve pausa, y él añadió, emitiendo apénas perceptiblemente la voz:

—He hablado con tu coronel; te ha concedido

una licencia de cinco días; puedes marcharte en seguida.

Caí de las nubes; quise darle gracias, manifestarle todo mi reconocimiento, decirle que le era deudor de una gran felicidad, que me acordaría siempre... Me cortó la palabra en la boca diciéndome que partía en seguida; se marchó, y ya en la puerta se volvió otra vez para decirme:

—Sé soldado.

Y desapareció. Dí un salto capaz de hundir el piso y grité:

—¡Remigio!

Vino Remigio.

—Hazme la maleta: ¡pronto!

Cuando supo dónde iba pareció tan contento como yo.

—¡Qué alegría para su señora madre de V.! Me parece verla.

—Mete dentro la imágen de Santa Teresa, las flores secas, el estuche y los cigarros.

Él me miró maravillado.

—¡Ah! ¡Tú no sabes dónde están? Hélos aquí. Y abriendo una arquita que tenía siempre cerrada, saqué los objetos y se los dí.

—¡Lo ha conservado todo!—exclamó el buen soldado, juntando las manos en actitud de sorpresa, y estuvo un poco de tiempo mirando, ora á mí, ora á los objetos, sonriendo y exclamando por último afectuosamente:—¡Hasta las flores secas!

De todo lo que hice ántes de partir, no recuerdo otra cosa sino haber visitado á mi coronel, dar vueltas como un loco por la ciudad, abrazar á cuantos amigos encontraba, no olvidando nunca de ponderar los bellezas de Bérgamo. — ¡Mira qué cielo! ¡mira qué colina! ¡mira qué magnífica llanura! — y los amigos se miraban detrás de mí. El asistente me acompañó á la estacion; pagué el billete y me olvidé de guardarme la vuelta; envié un despacho telegráfico á mi madre, diciendo no sé qué broma al telegrafista, que tuvo la bondad de reirse; fumé, ó mejor dicho, deshice con los dientes dos ó tres cigarros en pocos minutos; y finalmente...

—Mi teniente—me dijo el ordenanza colocando la maleta, cuando empezó á sonar la campana,—haga el favor de saludar á su señora madre y decirle que no me he olvidado nunca de las bondades que tuvo siempre para conmigo y para con mi familia, y que siempre la he...

—Que siempre la has querido bien; sí, dilo, mi buen Remigio; no me olvidaré de nada; ¡hasta la vista, adios!

—¡Buen viaje, mi teniente!

El tren se había puesto en movimiento; saqué fuera la cabeza y ví todavía á mi buen Remigio de pié tras la reja de la estacion. Apénas me vió, levantó la mano á la gorra, y así la tuvo hasta que yo desaparecí á sus miradas.

Debía llegar á Turin á las diez de la noche.

Junto á la estacion de Milan ví un batallon de infantería que se disponía á subir en el mismo tren; reconocí á un oficial amigo mio, y lo llamé.

—Vamos á Turin—me dijo;—se espera, que pongan otros coches; llevamos con nosotros el coronel y el estado mayor; el comandante del regimiento quedará en Turin; de allá escriben de no sé qué acogida que está preparada en la estacion... ¡Esto nos faltaba! Los aplausos, ahora me hacen peor efecto que los silbidos. ¡Oh esperanza! Pediré la dimision, iré á hacerme concejal en mi pueblecillo, seré capitán de la guardia nacional, me suscribiré á la *Gaceta oficial*, llevaré calzones largos, tomaré rapé y moriré caballero condecorado. Es mi destino. ¡Adios!

Su regimiento, del cual no recuerdo el número, se había conducido bizarramente en la batalla de Custoza.

Aquel viaje de Milan á Turin fué eterno.

—¡Qué tormento—decía—estar encerrado en esta cárcel de coche! No hay aire, no se respira; debería haber sitios arriba, qué diablo. ¡Oh! En tanto, gocemos de nuestra llegada con la fantasía.

Supongamos que hemos entrado ya en la estacion. No, es demasiado pronto; quiero gozar lentamente. Supongamos que estamos todavía fuera del circuito de Turin, muy léjos. El tren marcha, marcha; hé ahí la muralla; ¡oh, cómo respiro!

Hé ahí el primer carruaje de la estacion; ¡oh, Dios mio! Supongamos un impedimento cualquiera; detengámonos; va demasiado aprisa este maldito tren. Adelante: entramos en la estacion; el tren se detiene; ¡no! ¡todavía no! ¡qué importuna prisa! Dejadme gozar á mi placer, así, adelante. ¡Dios mio! Ya hemos llegado. Hé allí fuera la gente que aguarda; hé allí... ¡Oh, qué calor con este pesado capote! ¿Pero cómo haceis vosotros para dormir—decía mirando á los viajeros que tenía alrededor,—cómo haceis para dormir vosotros, con esta calentura que... tengo yo?

¡Ah, ya no es fantasía! Hé ahí la bella colina de Turin; hé ahí el circuito; hé ahí aquellos campos, aquellas casas; hé ahí la primer pared de la estacion. ¡Oh, quieto, corazon! ¡Valor en la mirada! ¡Ahí, ahí están los tres palacios de la calle de Niza! ¡La ventana! ¡Cielos! ¿Quién está en aquella ventana, que levanta y baja los brazos en señal de saludo? ¡Es él, es él, mi padre!... ¡Qué oigo! ¡La música! ¿Antorchas? ¡Todo como aquella tarde! El tren se detiene; me apeo; salgo corriendo; hé aquí la muchedumbre, hé aquí, hé aquí á todos. Me han visto, me abren los brazos... —¡Ah, madre!—Siento todavía alrededor del cuello el vigoroso estrechón de aquellos dos brazos convulsos, oigo todavía aquella música, veo todavía aquella luz.

Estamos ante la puerta de la casa; se abre, me

arrojo en brazos de mi buen padre, que llora y rie sin poder decir palabra; hé aquí á todos los sobrinitos; un beso á uno, fuerte, que deje señal; hé aquí la señora napolitana con su hijo.

—¡Gracias por las cartas topográficas!

Risas generales: llegan otros vecinos; sostengo un asalto impetuoso de saludos, de felicitaciones, de apretones de manos, de preguntas; mi madre se me agarra á la levita, me disputa á todos, me mira, me toca los brazos, las manos, los hombros, á ver si he vuelto todo entero; mis hermanas van de aquí para allá abriéndose sitio y viniendo á abrazarme de nuevo; los niños saltan á mi alrededor: es una fiesta.

Finalmente, poco á poco los vecinos y los amigos se marchan; vuelve á su casa mi hermana mayor; se va á dormir, con las lágrimas en los ojos, también la otra; mi hermano sale, y no quedamos más que mi madre y yo.

Apénas solos, nos sentamos con gran prisa uno frente á otro, acercando las sillas y tomándonos las manos, como hacen los enamorados cuando quedan un momento sin testigos; y mi madre, dando un gran suspiro, en que se sentía toda la historia de la guerra, comenzó á decirme con voz conmovida:

—¡Qué días he pasado, hijo mío; qué ansiedad, qué terribles saltos de corazon! No te lo escribía por no entristecerte; pero me parecía desierta

esta casa despues de tu partida. No oir ya, á la hora acostumbrada, tus pasos precipitados escalera arriba, tu voz alegre, aquel campanillazo que hacía correr á todos para ver quién llegaba primero; no formar la fila con los sobrinitos de tu padre; no estar siempre encima de ti para que no se te olvidase la hora de ir al cuartel... ¡Qué noches más largas, eternas! ¿Y los días? Si brillaba el sol, ¡pobre Alberto, en marcha con este calor! Si llovía, ¡pobre Alberto, si le cae encima esta lluvia!... Por la noche, casi tenía vergüenza de marcharme á la cama, pensando que tú dormías sobre el suelo; y cuando había tormenta, me desvelaba, encendía la luz y decía:—¡Es imposible, es imposible que duerma con este tiempo! ¿Quién sabe dónde estará ahora aquel pobre muchacho? Me he hecho supersticiosa del continuo temblar y atormentarme por ti: iba á buscar una cosa, y decía para mí:—Si la encuentro, no le sucederá ninguna desgracia; si no la encuentro... como las mujercillas, lo mismo. Al mirar tus ropas, tus libros, todas tus cosas, se me oprimía el corazon. Era para mí un tormento ver y sentir en el vecindario gente alegre; hallar jóvenes de tu edad y de tu condicion paseando por la ciudad tranquilos y contentos, ¡oh! me hacía daño; me asomaba á la ventana á mirar los pocos soldados que pasaban, y los miraba hasta que habían desaparecido; me parecía que tenían todos algo tuyo.

Leía y releía tus cartas de años anteriores, y re-hacía en mi mente tu historia, la nuestra, al empezar las noches, en que eras pequeño; y despues cuando ibas á clase y volvías con una leccion de latín en que tenías que sacar muchos significados para la traduccion, y te ayudaba yo para que no te desesperases, y ¡qué dolor cuando tú no acertabas á traducir y te incomodabas! Y despues recordaba los años que estabas en el colegio y el tiempo en que eras feliz, y aquella tarde que oí la música que me laceraba el corazon, y me metía en un ángulo de mi cuarto tapándome los oidos con las manos... ¡El miedo de perderte de un momento á otro me hacía parecer casi un sueño tener este hijo llamado Alberto! ¡Me parecía que habían trascurrido pocos meses del primer día que te había visto! Y por la noche, despues que tu hermana se marchaba á dormir, y yo me quedaba aquí, en este cuarto, sola, caía de rodillas allá, mira, junto á aquella cama, y rogaba á Dios como no le había rogado nunca, y le ofrecía cien veces mi vida por la salvacion de la tuya, y pronunciaba cien veces tu nombre, fuerte, como si tú hubieras estado presente para contestarme, hasta que las fuerzas me faltaban, sentía una opresion aquí, sobre el pecho, que parecía matarme... Pero tú estás aquí, estás salvo, eres mío, puedo mirarte, hablarte, abrazarte, estrechar sobre mi corazon esta cabeza querida... ¡Oh, me pa-

rece un sueño! ¡Me parece imposible! Dime que estás aquí, Alberto; dime que me escuchas, que me ves llorar...

Yo caí ante ella de hinojos.

—Hijo mío, ¿qué haces? Levántate.

—¿Qué pretendes, madre mía? Escúchame: Si he padecido, sólo he padecido por ti, porque te quiero mucho. ¿Estaba cansado? ¿Tenía sed? Se lo imagina—pensaba—aquella pobre mujer y sufrirá. Pero este inmenso afecto que te profeso me daba fuerza y valor. ¿Padezco? decía; ¡oh! mi madre ha padecido mucho más por mí, y ¡con qué ánimo! cuando enferma, disimulaba el dolor y el peligro para no aterrarme. Y pensando en ti, en lo mucho que me quieres, en la estimación en que tienes mi corazón y mi carácter, la idea, sólo la idea de un acto innoble me daba horror, porque me parecía un ultraje á ti, y ántes que ultrajarte, morir. Y también yo, sábelo, rehacía en mi imaginación tu historia en aquellas largas noches pasadas bajo la tienda; y como los muchachos fantasean el paraíso á su modo, á mí me parecía verte niña, y después muchacha, cuando allá en tu jardín de Savona leías el libro que persiste en mis manos por primera vez; y después esposa y después madre, cuando estaba enfermo, y tú por distraerme hacías gorras de papel ¿recuerdas? y te las ponías en la cabeza, y tocabas el tambor con dos palitos sobre el respaldo de

una silla, y me traías el café á la cama y yo no lo quería, y tú decías:—Tómalo, que estos son mis consuelos... Y después toda la asistencia que has hecho á mi pobre padre enfermo, aquellas largas noches en vela... ¡querida! ¡santa! Y después cuando he vuelto la primera vez del colegio y tú me besaste la chaqueta. ¿Pero quién es esta mujer?—me preguntaba:—¡mira qué loco! ¿por qué me ama, por qué me adora, que yo para ella soy la vida, el mundo, la felicidad? ¿En gracia de qué, todo esto? ¿Qué méritos tengo yo? ¿Quién soy yo? ¿No hay otras madres que no son, que no hacen lo que ella; y por qué Dios ha querido destinarme á mí este ángel? ¿O por qué, al menos, no le ha dado un hijo más digno? No, no, déjame que lo diga: ¿cómo serte grato hasta donde mereces? ¿cómo compensarte? Aunque pusiera á tus piés la corona del mundo, ¿te devolvería yo ni la milésima parte del bien que me has hecho con esa alma bellísima y ese tu santo corazón?... Escucha: te lo he dicho siempre, y te lo repetiré hasta mi último instante; á vosotras las madres, nadie os conoce, pocos os comprenden; pero si os conocieran y os comprendieran todos; si el mundo se ocupase de las grandes madres como de los grandes ciudadanos, á una madre como tú, ¿qué digo? á un ángel como tú, se le levantaría un monumento...

Mi madre me puso una mano sobre la boca.

—Un monumento de oro—continué,—y todos los que tienen alma y corazón, yo primero que nadie, besarían la planta de tus pies como una imagen sagrada.

—¡Alberto! ¡Alberto! ¡Calla! ¡Es demasiado! ¡Yo no merezco!...

Y los dos, con las manos juntas, trémulos, anhelantes, yo de rodillas, ella inclinada sobre mí, nos miramos, llorando, sonriéndonos, llamándonos por nuestros nombres.

—Y aún ahora te beso la levita—exclamó ella después con ímpetu; y me abrazó y colocó su boca sobre mi pecho.

—¡Madre!—la dije teniéndola cogida la cabeza con las manos y mirándola fijamente:—¡Eres sublime!

Pocos minutos después, los dos con la luz en la mano, ella marchaba hacia la puerta de su cuarto, y yo, por la parte opuesta, hacia la del mío.

Llegados á la escalera, nos volvimos; rióse y se volvió al medio de la habitación.

—¿Qué quieres?—le pregunté cogiéndole la barba entre el pulgar y el índice para levantarle la cabeza.

—Nada; y tú ¿qué quieres?

—Nada, tampoco. Con que anda por tu camino.

—Y tú, anda por el tuyo.

Otra vez los dos en la puerta, y otra vez los dos adentro.

—¡Alberto!... ¿qué eres tú?

—Y tú, ¿qué eres?

—Tú eres una mala personilla.

—Y tú... ¡una santa!

Me miró, movió la cabeza y estuvo un poco tiempo inmóvil en aquella posición, iluminada de arriba abajo por la vela, con los ojos relucientes de lágrimas, con una sonrisa y una serenidad tan tranquila y suave, que parecía una santa propiamente.

Algunas veces, ahora que vivo lejos de ella, al volver á casa á hora avanzada de la noche, solo, aburrido, con el peso de algún remordimiento sobre el corazón, me parece verla allí, sobre la escalera, inmóvil en aquella actitud, en aire de decirme:

—Tú eres una mala personilla.

Es un reproche dulce, pero solemne, que resuena en lo profundo de mi alma y me hace padecer y formar el propósito de ser, de aquí en adelante, más honrado, más bueno, más digno de ella.

Y al adormecerme, ¡tiembla todavía ante mis ojos la imagen de aquel rostro sonriente y luminoso!

